Esta es una pequeña muestra del libro
Charles Spurgeon sobre la vida cristiana.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:
www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:
info@poiema.co

© 2026 Poiema Publicaciones
¡El evangelio para cada rincón de la vida!

"Como bautista evangélico que comparte la comprensión de Charles Spurgeon sobre la salvación, recibí con gusto este magnífico estudio sobre la teología del célebre predicador y sobre cómo esta se aplica a la vida cristiana. Sin embargo, también me identifico con el profundo interés que tiene Michael Reeves en que Spurgeon sea leído por un público mucho más amplio que el de sus simpatizantes. Responsable de un verdadero torrente de palabras, la mayoría de las cuales siguen impresas doce décadas después de su muerte, estamos hablando de uno de los grandes autores cristianos del siglo diecinueve. Y, por lo tanto, es justo que sea conocido y leído por toda la amplia audiencia de evangélicos que aman a su Salvador. Este libro es un extraordinario punto de partida, un trago refrescante de los profundos pozos de Spurgeon: justo lo que se necesita en nuestros días".

Michael A. G. Haykin, profesor de historia de la iglesia y espiritualidad bíblica, The Southern Baptist Theological Seminary; autor, *El compañerismo misionero de William Carey*

"Pregúntale a la gente qué es lo primero que les viene a la mente al escuchar el nombre de Charles Spurgeon e invariablemente responderán algo sobre la predicación. En efecto, Spurgeon es ampliamente considerado 'el Príncipe de los Predicadores', y con razón. No obstante, se le identifica tan estrechamente con la predicación poderosa que muchos no logran darse cuenta de lo eminentemente piadoso que era. Sí, Spurgeon pastoreó la iglesia evangélica más grande del mundo en el siglo diecinueve. Sí, sus sermones recopilados se extienden a más de sesenta y tres gruesos volúmenes, sermones que siguen vendiéndose bien en la actualidad. Sí, su fama como predicador hizo de Spurgeon el nombre más famoso de la cristiandad durante su vida. No obstante, debería ser igualmente conocido como un hombre de profunda piedad y de una vida cristiana vibrante. Afortunadamente, Michael Reeves rectifica el desequilibrio en la reputación de Spurgeon con su libro *Charles Spurgeon sobre la vida cristiana*. Magistralmente investigado y escrito con encanto, demuestra cómo Spurgeon, en la enfermedad y en la salud, en el éxito y en la tragedia, ante el ojo público y en el hogar, buscó vivir una vida centrada en Cristo conforme a la Biblia.

Tanto si esta es tu primera aproximación a Spurgeon como si ha sido tu héroe durante décadas, este libro te animará".

Donald S. Whitney, decano asociado y profesor de espiritualidad bíblica, The Southern Baptist Theological Seminary; autor, *Disciplinas espirituales para la vida cristiana* y *Orando la Biblia*

CHARLES SPURGEON

sobre la vida cristiana

CHARLES SPURGEON

sobre la vida cristiana

VIVO EN CRISTO

MICHAEL REEVES

POIEMA
LECTURA REDIMIDA

Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#SpurgeonVidaCristiana

Charles Spurgeon sobre la vida cristiana
Vivo en Cristo
por Michael Reeves
© 2026 por Poiema Publicaciones

Traducido con el debido permiso del libro *Spurgeon on the Christian Life: Alive in Christ* © 2018 por Michael Reeves. Todos los derechos reservados. Publicado por Crossway; 1300 Crescent Street Wheaton, Illinois 60187, U.S.A.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005 por The Lockman Foundation. Las citas marcadas con la sigla RVR60 han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina-Valera* © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla RVA-2015 han sido tomadas de *La Santa Biblia, Version Reina Valera Actualizada*, © 2015 por Editorial Mundo Hispano; las marcadas con la sigla RVC han sido tomadas de *La Santa Biblia, Reina Valera Contemporánea* © Sociedades Bíblicas Unidas, 2009, 2011. Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones
info@poiema.co
www.poiema.co

Impreso en Colombia
ISBN: 979-8-952755-01-7
SDG

Para John y Joan,
con el más profundo amor y gratitud
por el mejor regalo que tengo en la tierra

Contenido

Prefacio de la serie 11
Introducción 13

Parte 1: Charles Spurgeon

1. Un hombre lleno de vida 23

Parte 2: Cristo, el centro

2. Cristo y la Biblia 39
3. Puritanismo, calvinismo y Cristo 51
4. Cristo y la predicación 67

Parte 3: El nuevo nacimiento

5. El nuevo nacimiento y el bautismo 89
6. El pecado humano y la gracia de Dios 99
7. La cruz y el nuevo nacimiento 111

Parte 4: La nueva vida

8. El Espíritu Santo y la santificación 133
9. La oración 153
10. El ejército peregrino 165

11. El sufrimiento y la depresión 175

12. La gloria final 189

Abreviaturas 197
Notas 199
Índice de las Escrituras 221

Prefacio de la serie

Algunos dirían que estamos malcriados. Vivimos en una época con recursos abundantes e importantes para que los cristianos vivan la vida cristiana. Tenemos acceso fácil a libros, series de video, material en línea y seminarios, todo para animarnos en nuestro caminar diario con Cristo. El laico que ocupa un banco en la iglesia dispone hoy de un caudal de conocimientos que supera lo que los grandes eruditos del pasado pudieron siquiera imaginar.

Sin embargo, pese a nuestra abundancia de recursos, también nos falta algo. Nos hacen falta las perspectivas del pasado, de un tiempo y lugar distintos a los nuestros. Tenemos tantas riquezas en nuestro horizonte actual que solemos ignorar los horizontes del pasado.

Esto es lamentable, en especial cuando se trata de aprender y practicar el discipulado. Es como ser dueño de una mansión y decidir vivir en una sola habitación. Esta serie nos invita a explorar las demás habitaciones.

Al explorar, visitaremos lugares y épocas diferentes de las nuestras. Veremos distintos modelos, enfoques y énfasis. Esta serie no pretende copiar estos modelos sin sentido crítico, ni tampoco poner a estas figuras del pasado en un pedestal, como si fueran súper cristianos. Más bien, esta serie busca ayudarnos en el presente a escuchar el pasado. Creemos que hay sabiduría en los últimos veinte siglos de la iglesia para vivir la vida cristiana.

Stephen J. Nichols y Justin Taylor

Introducción

Las multitudes se congregaban en las aceras, con la esperanza de vislumbrar el ataúd de madera de olivo mientras se abría paso por las calles del sur de Londres. En la parte superior había una gran Biblia de púlpito abierta en Isaías 45:22: "¡Miren a Mí y sean salvos, todos los confines de la tierra!" (RVA-2015). Era el jueves 11 de febrero de 1892 y el cuerpo de Charles Haddon Spurgeon estaba en camino para ser enterrado. Dieciocho años antes, Spurgeon había imaginado la escena desde su púlpito:

> Dentro de poco, habrá una multitud de personas en las calles. Me parece escuchar a alguien preguntando: "¿Qué están esperando todas estas personas?". "¿No lo sabes? Van a enterrarlo hoy". "¿Y quién es?". "Es Spurgeon". "¡¿Qué?! ¿El hombre que predicaba en el Tabernáculo?". "Sí; van a enterrarlo hoy". Esto sucederá muy pronto; y cuando vean llevar mi ataúd a la tumba silenciosa, me gustaría que cada uno de ustedes, convertido o no, se vea impulsado a decir: "Nos instó fervientemente, en un lenguaje claro y sencillo, a no posponer la consideración de las cosas eternas. Nos rogó que miráramos a Cristo".[1]

"Miren a mí y sean salvos, todos los confines de la tierra": allá por enero de 1850, estas habían sido las palabras que le mostraron a Spurgeon el camino de la salvación por primera vez.

> Había estado esperando hacer cincuenta cosas, pero cuando escuché esa palabra, "¡Miren!", qué palabra tan encantadora me pareció. ¡Ah!

> Miré hasta casi perder la vista de tanto mirar. En ese mismo instante, la nube desapareció, la oscuridad se desvaneció y en ese momento vi el sol; y podría haberme levantado en ese instante y cantar con el más entusiasta de ellos, sobre la preciosa sangre de Cristo y la fe sencilla que mira solo a Él.[2]

Así pues, durante cuarenta y dos años (desde su conversión hasta su muerte), mirar a Cristo crucificado para tener vida siguió siendo la piedra angular de la propia vida y ministerio de Spurgeon. Después de encontrar él mismo nueva vida en Cristo, dedicó sus días a rogar a todos los demás: "Miren a Cristo".

Una teología centrada en Cristo

Este es un libro sobre la teología de Spurgeon en el ámbito de la vida cristiana, y estos son los intereses que yacían en el corazón de la misma. La teología de Spurgeon estaba absolutamente centrada en Cristo y moldeada por Cristo; y él mismo era igualmente insistente en la necesidad vital del nuevo nacimiento. La vida cristiana es *una nueva vida en Cristo*, dada por el Espíritu y ganada por la sangre de Jesús derramada en la cruz. La de Spurgeon era, por lo tanto, una teología centrada en la cruz y moldeada por la cruz, porque la cruz fue "la hora" de la glorificación de Cristo (Jn 12:23-24), el lugar donde Cristo fue y es exaltado, el único mensaje capaz de transformar el corazón de hombres y mujeres que de otro modo estarían esclavizados al pecado. Junto con Isaías 45:22, uno de los versículos bíblicos favoritos de Spurgeon era Juan 12:32: "Pero Yo, si soy levantado de la tierra, atraeré a todos a Mí mismo".

A veces, Spurgeon hablaba de la gloria de Dios como su meta "principal" o su "gran" objetivo, pero esto no atenuó de ninguna manera su enfoque en Cristo ni su insistencia en la importancia del nuevo nacimiento. "Ya que la gloria de Dios es nuestra meta principal, apuntamos a ella mediante buscar la edificación de los santos y la salvación de los pecadores", explicó.[3] "Nuestro gran objetivo de glorificar a Dios […] se logra principalmente al ganar almas".[4] En otras palabras, él consideraba que la gloria de Dios se muestra y se ve más claramente en el hecho de que Dios se haya entregado a

Sí mismo a través de Cristo. Dios se glorifica a Sí mismo al darles por gracia a los pecadores Su propia vida abundante en Cristo a través del Espíritu.

Lo que he intentado aquí es dejar que la teología de Spurgeon sobre la vida cristiana moldee la estructura misma (así como el contenido) de este libro. No es un análisis exhaustivo de la teología general de Spurgeon ni tampoco es una biografía, aunque debería ayudar a los lectores a conocer tanto al hombre como los rasgos generales de su teología. Comenzaremos con un vistazo al hombre mismo, para ver cómo vivió y encarnó su propia teología. No se trata de nada tan grandioso como un intento de minibiografía; más bien, es una introducción personal. Porque en el hombre mismo, tan rebosante de vida, no solo vemos una personalidad única, sino también un ejemplo y personificación de la vida que se encuentra y se disfruta en Cristo. Spurgeon vivió de manera concreta su creencia de que la vida cristiana no es una existencia aburrida y etérea en algún plano superior e invisible. Por el contrario, consiste en ser más *pleno*, más *humano*: más brillante, más involucrado y más vivo. Así animaba a sus estudiantes:

> Esfuércense por estar *vivos en todos sus deberes* [...]. Hermanos, debemos tener *vida en abundancia*, cada uno de nosotros, y esta debe fluir hacia todos los deberes de nuestro oficio: la cálida vida espiritual debe manifestarse en la oración, en el canto, en la predicación e incluso en el apretón de manos y en la buena palabra después del servicio [...].
>
> Estén llenos de vida en todo momento, y *dejen que esta vida se vea en su conversación ordinaria*.[5]

Luego, tras echar un vistazo al hombre en sí, consideraremos el incesante enfoque Cristocéntrico de su teología y predicación. Después pasaremos a su énfasis en el nuevo nacimiento (y a su perspectiva de este) antes de abordar finalmente cómo veía la vida cristiana. En el centro mismo de todo habrá un capítulo dedicado a su teología de la cruz, ese trono de Cristo empapado de sangre: el medio que nos da vida.

Hay algo más que he querido lograr con este libro: permitir que Spurgeon hable y ministre a los lectores directamente. En mi propia experiencia, por lo general, leer al propio Spurgeon me parece como respirar

grandes bocanadas de aire fresco de montaña: es tonificante, refrescante y estimulante. Por lo tanto, quiero intentar hacerme a un lado y dejar que el mismo Spurgeon salga al encuentro de los lectores.

Tengo una esperanza para este libro: que a través de él los sermones y escritos de Spurgeon puedan ser leídos más ampliamente. Spurgeon es, de manera comprensible y con toda razón, un héroe bautista. Sin embargo, ciento veinticinco años después de su muerte, su verdadera influencia todavía permanece en gran medida confinada a los círculos bautistas. En otras esferas, suele ser tratado como poco más que una fuente de proverbios encantadores, pero desconectados. Me parece que esto no debería ser así. Aunque comparto la mayor parte de la teología de Spurgeon y muchos de sus intereses, y además crecí a pocos pasos de la casa de la infancia de Spurgeon, soy anglicano. Spurgeon dijo de hombres como yo: "No me puedo explicar [...] cómo es que estos hombres de la Iglesia de Inglaterra están tan apegados a mí. He dicho cosas muy duras sobre su iglesia y, sin embargo, tengo muchos amigos devotos entre ellos".[6] Sí, muchos de los que no somos bautistas somos sus amigos, pero no los suficientes. Y así como Lutero no debería estar confinado solo a los luteranos ni Owen a los congregacionalistas, Spurgeon también debería ser disfrutado por todos. Él nos ofrece una teología de la vida cristiana sólidamente bíblica y completamente integral que merece ser leída por todos (y aún más por la pura energía con la que la expone).

¿Spurgeon el teólogo?

Sin embargo, ¿fue Spurgeon realmente un *teólogo*? No hay duda de que fue un gran e influyente predicador. En persona, predicaba hasta trece veces por semana, congregó a la iglesia más grande de su tiempo y podía hacerse oír ante una multitud de veintitrés mil personas (sin amplificación). En forma impresa publicó unas dieciocho millones de palabras y vendió más de cincuenta y seis millones de copias de sus sermones en casi cuarenta idiomas durante su vida. Sin embargo, nada de esto implica necesariamente que fuera un teólogo. De hecho, algunos antagonistas han insistido de manera bastante categórica en que no lo era. El decano de Ripon, quien se enfrentó a Spurgeon sobre la cuestión del bautismo, afirmó: "[Spurgeon] es digno

de lástima, porque su total falta de familiaridad con la literatura teológica lo deja completamente incapacitado para la determinación de tal cuestión, que no es una cuestión de mera doctrina, sino de lo que podría llamarse teología histórica".[7]

Después de que se dijeran tales cosas sobre Spurgeon, muchos se sorprendieron en 1964 cuando el eminente teólogo luterano Helmut Thielicke escribió su libro *Encounter with Spurgeon* [*Encuentro con Spurgeon*], una obra en la que lo elogió en los términos más afectuosos. En verdad, se preguntaban muchos, ¿era este predicador victoriano autodidacta digno de la atención del rector de la Universidad de Hamburgo? Fue el comienzo de un cambio que Spurgeon parece haber previsto: "Por mi parte", había escrito, "estoy bastante dispuesto a ser devorado por los perros durante los próximos cincuenta años; pero el futuro más distante me vindicará".[8]

Más que cualquier otra cosa, lo que ha desconcertado a la gente en este sentido es la pura lucidez de su estilo. Escribió y habló con una prosa tan clara que muy fácilmente podría confundirse con una simplicidad superficial. Sin embargo, Spurgeon sabía que pensar que la complejidad del estilo es un verdadero indicador de la profundidad de la sustancia es solo el error de los que se jactan de su intelecto.

> Hermanos, *debemos cultivar un estilo claro*. Cuando un hombre no me hace entender lo que quiere decir, es porque él mismo no sabe lo que quiere decir […]. Si miras dentro de un pozo vacío, parecerá ser muy profundo; pero si hay agua en él, verás su brillo. Creo que muchos predicadores "profundos" simplemente lo aparentan porque son como pozos secos sin absolutamente nada en ellos, salvo por hojas en descomposición, unas cuantas piedras y quizá uno o dos gatos muertos. Si hay agua viva en tu predicación, puede que sea muy profunda, pero la luz de la verdad le dará claridad.[9]

De hecho, él creía que esta claridad de expresión es parte de la humildad cristiana a la que todos los teólogos y ministros de la Palabra están llamados.

> Algunos quieren impresionarnos con su profundidad de pensamiento, cuando no es más que amor por las palabras rimbombantes. Ocultar cosas sencillas en frases oscuras es un deporte más que un servicio a Dios. Si amas más a las personas, amarás menos las frases complejas. ¿Cómo te hablaba tu madre cuando eras niño? ¡Espera! No me lo digas. No lo publiques. No sería apropiado para el público. Las cosas que solía decirte eran infantiles y, antes de eso, cosas de bebés. ¿Por qué te hablaba así si era una mujer muy sensata? Porque te amaba. Existe una especie de *tuteo*, como lo llaman los lingüistas, en el que el amor se deleita.[10]

Casi tan perjudicial para su reputación como teólogo fue su rechazo a involucrarse en especulaciones o a pasar tiempo en asuntos periféricos. "La especulación", declaró, "es un índice de la pobreza espiritual del hombre que se entrega a ella".[11] Ciertamente, era un hombre de amplios intereses, pero vivía con tal sentido de urgencia y tal convicción de la suficiencia de Cristo que la necesidad de predicar a Cristo crucificado solía superar la preocupación por los pasajes complejos o las doctrinas secundarias.

> Ciertamente hay suficiente en el evangelio para un solo hombre, suficiente para llenar cualquier vida, para absorber todo nuestro pensamiento, emoción, deseo y energía; sí, infinitamente más de lo que el cristiano más experimentado y el maestro más inteligente jamás podrán extraer. Si nuestro Maestro se limitó a Su único tema, será sabio que hagamos lo mismo y, si alguien dice que somos cerrados, deleitémonos en esa bendita estrechez que lleva a los hombres al camino estrecho. Si alguien nos critica por ser limitados en nuestras ideas y por encerrarnos en un solo conjunto de verdades, regocijémonos de estar encerrados con Cristo y considerémoslo la verdadera amplitud de nuestra mente.[12]

> Él es tan glorioso que solo el Dios infinito tiene un pleno conocimiento de Él; por lo tanto, no habrá límite en nuestro estudio ni estrechez

> en nuestra línea de pensamiento si hacemos de nuestro Señor el gran objeto de todos nuestros pensamientos e investigaciones.[13]

Sin embargo, a pesar de todo eso, Spurgeon era de manera muy consciente un teólogo. Ávido en su estudio bíblico, teológico y lingüístico, creía que todo predicador *debería* ser un teólogo, porque solo una teología robusta y sustanciosa tiene el valor nutricional para alimentar y producir cristianos robustos e iglesias robustas.[14]

> Algunos predicadores parecen temer que sus sermones sean demasiado ricos en doctrina y así dañar la digestión espiritual de sus oyentes. Este temor es innecesario [...]. La nuestra no es una época teológica y, por lo tanto, ataca la enseñanza doctrinal sólida bajo el principio de que la ignorancia desprecia la sabiduría. Los gloriosos gigantes de la era puritana se alimentaron de algo mejor que las cremas batidas y los pasteles que están ahora tan de moda.[15]

Por lo tanto, aunque no era un innovador teológico, sí buscaba evitar la superficialidad en la teología con el mismo entusiasmo con el que evitaba la falta de claridad en la comunicación.

> La idea de que solo tenemos que exclamar: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo" y repetir por siempre las mismas simplicidades será fatal para un ministerio continuo en una congregación si intentamos llevarla a cabo. El partido evangélico en la Iglesia de Inglaterra alguna vez fue dominante, pero perdió mucho poder debido a la debilidad de su pensamiento y a su evidente creencia de que los clichés piadosos podían retener la atención de Inglaterra.[16]

Esta combinación de intereses (la profundidad teológica y la claridad de expresión) hizo de Spurgeon un teólogo preeminente *con mentalidad pastoral*. Quería ser fiel a Dios y a la vez ser entendido por las personas. Esta, sin duda, es una perspectiva sana y propia de Cristo para cualquier teólogo. Y por eso es un pensador tan gratificante y refrescante.

PARTE 1

Charles Spurgeon

1

Un hombre lleno de vida

> En persona, el señor Spurgeon era de estatura media y de complexión robusta. Tenía una cabeza enorme y facciones grandes del típico estilo inglés pesado. En reposo, su rostro, aunque fuerte, podría haberse considerado sereno o incluso de expresión apagada. En cambio, cuando hablaba, resplandecía con la animación del pensamiento, entre rápidos destellos de humor, benignidad, seriedad y todas las fases de la emoción que se agitaban en su interior. Como predicador, tenía muchos elementos de poder. Su voz tenía una sonoridad y dulzura maravillosas. Su lenguaje, con toda su sencillez, se caracterizaba por una corrección impecable y una riqueza inagotable de dicción. Estaba lo más lejos posible de ser un orador rudo o tosco, aunque tenía a su disposición un vasto vocabulario de palabras coloquiales. Nadie que solo lea sus sermones puede imaginarse el efecto que tenían al ser predicados […]. Al escuchar al señor Spurgeon, uno reconocía que el elemento principal de su fuerza imponente en el púlpito era su convicción profunda y ardiente. El mensaje que daba tenía una importancia suprema para él. Toda su alma acompañaba sus palabras. El fuego de su celo era consumidor, intenso e irresistible.[1]

Antes de adentrarnos en la teología de Spurgeon sobre la vida cristiana, debemos conocer un poco al hombre en sí. Para lograrlo, quiero ir más allá de la figura pública para ver algo de su propia personalidad y carácter. Porque hay un tema unánime y a menudo repetido en el testimonio de quienes

tuvieron trato personal con él: Spurgeon era un hombre que vivía la vida al máximo. No era simplemente una gran presencia en el púlpito. En la vida, reía y lloraba mucho; leía con avidez y sentía profundamente; era un trabajador diligente y laborioso, y un amante sociable de la diversión y la belleza. En otras palabras, era un hombre que encarnaba la verdad de que estar en Cristo significa hacerse cada vez más plenamente humano, estar más completamente *vivo*. De hecho, debemos tener claro que su vivacidad de carácter, aunque se expresaba de maneras particulares en él, no era una simple cuestión de personalidad única ni heredada: era una expresión natural *pero totalmente consciente* de su teología. Él mismo lo expresó así:

> Cada uno de nosotros debería ser como aquel reformador que es descrito así: "*Vividus vultus, vividi occuli, vividæ manus, denique omnia vivida*", lo que yo traduciría con bastante libertad: "un rostro resplandeciente de vida, ojos y manos llenos de vida, en fin, un predicador vívido, totalmente vivo".[2]

> Debemos estar totalmente vivos y siempre vivos. Una columna de luz y fuego debería ser el emblema adecuado del predicador.[3]

El señor Gran Corazón

No se requiere una gran perspicacia para ver que Spurgeon era un hombre de gran corazón y afectos profundos. Sus sermones y conferencias impresos aún laten con pasión. A veces la carga emocional de su sermón incluso lo abrumaba, especialmente cuando trataba sobre la crucifixión de Cristo. Una vez, al intentar relatar cómo Cristo fue entonces "molido, pisoteado, aplastado, destruido […] entristecido, hasta la muerte", tuvo que detenerse y decir: "Debo hacer una pausa; no puedo describirlo. Puedo llorar por ello y ustedes también".[4] Sin embargo, no era una táctica barata de predicador: sus cartas privadas y personales a familiares y amigos revelan exactamente la misma intensidad de emoción y sobre exactamente el mismo tipo de temas que abordaba en público.

Tal vez el mejor vistazo al carácter de Spurgeon provenga de la presentación que hizo una vez de su amigo John Bost, que era igual de corpulento

que él. Al llamar a Bost "un hombre conforme a nuestro propio corazón", ofreció lo que equivale a una descripción notablemente reveladora de *sí mismo*:

> John Bost es grande, además de corpulento [...]. Aquí tenemos a un hombre conforme a nuestro propio corazón, con mucha naturaleza humana en él, un mortal de gran corazón, azotado por las tempestades, que ha hecho negocios en las grandes aguas y que hace mucho tiempo habría naufragado de no haber sido por su sencilla confianza en Dios. Su alma es como la de Martín Lutero, llena de emociones y de cambios mentales; a veces se eleva al cielo y otras veces se hunde en las profundidades. Agotado por el trabajo, necesita descansar, pero no lo hace; tal vez no pueda hacerlo [...]. [Lo he] encontrado lleno de celo y devoción, y rebosante de experiencia piadosa, y, al mismo tiempo, abundante en regocijo, comentarios agudos y sentido común.[5]

Esta descripción es reveladora por su reconocimiento honesto de la depresión y de la lucha de Bost (y la suya propia). Para él, tener un "gran corazón", con "mucha naturaleza humana" en este mundo caído, no significa ser un triunfalista que pasa por alto alegremente toda dificultad. Spurgeon no podría haber hecho esto, como veremos en el capítulo 11. Experimentar la vida en Cristo, el Varón de Dolores, debe implicar sufrimiento. Sin embargo, la vida en Cristo también debe incluir una verdadera alegría, "abundante en regocijo, comentarios agudos y sentido común".

Los peligros abundaban para un corazón tan tierno como el suyo. Spurgeon admitió públicamente que su sensibilidad temperamental lo inclinaba a ser temeroso.[6] Si combinamos esto con su marcada generosidad al tratar con las personas, podía fallar (y de hecho fallaba) a veces en su discernimiento del carácter y se convertía en víctima de quienes abusaban de su generosidad financiera. Sin embargo, su ternura de corazón no debe confundirse con debilidad: además de expresar su amor por Cristo y por los demás, Spurgeon podía demostrar un verdadero odio por la maldad y la injusticia. Una y otra vez, habló de cómo hervía de ira ante el abuso pastoral, la politiquería eclesiástica y la falsa doctrina (en especial cualquier forma de

catolicismo romano). Y aunque seguramente tuvo problemas en esta área, sería un gran error pensar en Spurgeon como una persona frágil y fácil de manipular. Sería mucho mejor decir que la ternura lo salvó, pues evitó que su firmeza de carácter aplastara a los más débiles que él y la canalizó para beneficio de ellos. Su mezcla de vigor y ternura lo hacía fascinantemente enérgico al mostrar compasión, como lo atestigua esta carta de queja llena de humor, dirigida a su editor:

> Estimado señor Passmore:
>
> Cuando ese buen muchachito vino aquí el lunes con el sermón, a altas horas de la noche, era necesario. Pero, por favor, regañe a alguien por enviar a la pobre criaturita aquí, tan tarde esta noche, en medio de toda esta nieve, con un paquete mucho más pesado de lo que debería cargar. Me temo que no pudo llegar a casa hasta las once; y me siento como una bestia cruel por ser la causa inocente de tener a un pobre muchacho afuera a tal hora en una noche como esta. No había ninguna necesidad de ello. Dele una patada a alguien de mi parte, para que no vuelva a suceder.
>
> Con afecto sincero,
> C. H. SPURGEON.[7]

Allí, tanto en su cuidado por un menor socialmente insignificante como en el tono juguetón de su reprensión, se revela la genial y benévola nobleza de corazón de este hombre. Era un aspecto de la semejanza a Cristo que quería ver en todos los creyentes y uno que consideraba esencial para los pastores: "Un gran corazón es el requisito principal para un gran predicador".[8] Era algo de lo que hablaba extensamente con sus estudiantes, y vale la pena escucharlo detenidamente (tanto por su contenido como por su estilo):

> No nos interesa hablar con cualquier predicador; pero hay algunos con los que daríamos una fortuna por conversar una hora. Me encanta

> un ministro cuyo rostro me invita a ser su amigo, un hombre en cuya puerta puede leerse: "Salve" ("Bienvenido"); y sientes que no hay necesidad de aquel aviso de peligro: "Cave Canem" ("Cuidado con el perro"). Dame al hombre al que se le acercan los niños, como moscas a un tarro de miel: son jueces de primera clase para reconocer a un buen hombre […]. Un hombre que hará grandes cosas con los hombres debe amarlos y sentirse a gusto con ellos. Un individuo que no tiene nada de amabilidad haría mejor en ser sepulturero y enterrar a los muertos, porque nunca tendrá éxito en influenciar a los vivos. He encontrado en alguna parte la observación de que para ser un predicador popular uno debe tener entrañas.[9] Me temo que la observación tenía la intención de ser una leve crítica al volumen corporal que ciertos hermanos han alcanzado: pero hay verdad en ello. Un hombre debe tener un gran corazón si quiere tener una gran congregación. Su corazón debe ser tan espacioso como esos nobles puertos a lo largo de nuestra costa que tienen espacio marítimo para toda una flota. Cuando un hombre tiene un corazón grande y amoroso, los demás hombres acuden a él como los barcos a un refugio, y se sienten en paz cuando han anclado al abrigo de su amistad. Un hombre así es cordial tanto en privado como en público; su sangre no es fría como la de un pez, sino que es tan cálida como tu propia chimenea. Ningún orgullo ni egoísmo te congela cuando te acercas a él; tiene todas sus puertas abiertas para recibirte y te sientes en casa con él de inmediato. Quisiera persuadirlos a ser hombres así, a cada uno de ustedes.[10]

Una vida de gozo

Spurgeon era un hombre inconfundible y deliberadamente ferviente. Con una profunda preocupación por la gloria de Cristo y el destino de los perdidos, creía que los cristianos debíamos ser capaces de decir con nuestro Maestro: "El celo por Tu casa me consumirá" (Jn 2:17; cp. Sal 69:9). Sin embargo, el fervor y el celo, para Spurgeon, *nunca* debían confundirse con la tristeza y la melancolía. Es revelador y totalmente apropiado que todo un capítulo de su "autobiografía" (en realidad una biografía compilada a partir de su diario, cartas y registros) se titule "Diversión pura". Pues, se

nos dice: "Se consideró que el registro de su vida feliz no estaría completo a menos que se llenara al menos un capítulo con ejemplos de esa pura diversión que era tan característica de él como lo era su 'preciosa fe'".[11] Esta es otra de las razones por las que fue y sigue siendo tan magnético: Charles Spurgeon era divertido.

En un revés completo del estereotipo de que la época victoriana fue un periodo largo y sin encanto de polvorienta mojigatería, los escritos de Spurgeon rebosan de buen humor. Y es evidente que ni siquiera ellos le hacen justicia a cómo era en persona.[12] El editor de sus *Lectures to My Students* [*Discursos a mis estudiantes*] se vio así impulsado a insertar intentos por explicar sus diversas imitaciones y "voces", mientras personificaba a teólogos pomposos y a necios.[13] Sin embargo, por lo general, es posible percibir el humor, aunque no pueda plasmarse del todo en la página:

> Yo les diría con respecto a sus gargantas: *cuídenlas*. Asegúrense siempre de aclararlas bien cuando estén a punto de hablar, pero no las aclaren constantemente mientras predican. Un hermano muy estimado que conozco siempre habla de esta manera: "Mis queridos amigos, *ejem*, *ejem*, este es un tema muy, *ejem*, importante que tengo ahora, *ejem*, *ejem*, que presentarles y, *ejem*, *ejem*, tengo que pedirles que me presten, *ejem*, *ejem*, su más profunda, *ejem*, atención".[14]

"¡Qué fuente burbujeante de humor tenía el señor Spurgeon!", escribió su amigo William Williams. "De verdad creo que he reído más cuando estaba en su compañía que durante todo el resto de mi vida".[15] Parece que pocos esperaban reírse tanto en presencia de este fervoroso pastor, pero Spurgeon lo sabía y parecía deleitarse traviesamente al sorprender con comedia a quienes lo rodeaban. La grandilocuencia, la religiosidad y la hipocresía podían esperar ser pinchadas por su ingenio. A veces incluso se rompía algo más. Spurgeon disfrutaba contar la historia de cómo, cuando era un joven pastor en Park Street, se había quejado con sus diáconos sobre lo sofocante y asfixiante que podía llegar a ser el edificio y les sugirió que quitaran los paneles superiores de vidrio de algunas de las ventanas para dejar entrar más aire. No hicieron nada al respecto, pero un día descubrieron

que alguien había destrozado esos paneles de vidrio. Spurgeon ofreció una recompensa de cinco libras por descubrir al delincuente, a quien luego se le daría el dinero en agradecimiento. El pastor luego se guardó este dinero en el bolsillo, ya que él mismo era el culpable.[16]

Pero quizá sea el hábito de Spurgeon de fumar puros lo que mejor revela su carácter alegre y juguetón, así como su vivaz disposición a disfrutar de las cosas creadas. En lo personal, Spurgeon encontraba gran placer en los puros; argumentaba que la Biblia le daba libertad para fumarlos y creía que ayudaban a su garganta como predicador. Sin embargo, era muy consciente de que muchos cristianos pensaban diferente y se esforzaba por no ofenderlos ni hacerlos tropezar por este asunto. Cuando los periódicos publicaron su declaración de que él fumaba "para la gloria de Dios" como si hubiera sido un comentario frívolo, lamentó que le dieran tanta importancia a lo que le parecía un asunto menor y rápidamente escribió para explicarlo:

> La expresión "fumar para la gloria de Dios" por sí sola suena mal, y no la justifico; pero en el sentido en que la empleé, todavía la defiendo. Ningún cristiano debería hacer nada en lo que no pueda glorificar a Dios; y esto puede hacerse, según las Escrituras, al comer, al beber y en las acciones comunes de la vida. Cuando un puro ha aliviado un dolor intenso, ha calmado un cerebro cansado y me ha dado un sueño tranquilo y reparador, me he sentido agradecido con Dios y he bendecido Su nombre; esto es lo que quise decir y de ninguna manera usé palabras sagradas a la ligera.[17]

Dicho esto, en el contexto adecuado, felizmente usaba su puro para reemplazar la religiosidad con el disfrute alegre de la libertad cristiana. William Williams relata un día que tomó de paseo con sus estudiantes:

> Era temprano en una hermosa mañana y, al llegar, todos estaban de muy buen humor, con las pipas y los puros encendidos, y esperaban un día de disfrute sin restricciones. Él estaba listo y los esperaba en la puerta; saltó al asiento del cochero y, mirando a su alrededor con asombro, exclamó: "¡Cómo, caballeros! ¿No les da vergüenza estar

> fumando tan temprano?". Estas palabras les cayeron como un balde de agua fría. La consternación se veía en todos los rostros. Poco a poco, las pipas y los puros se apagaron y desaparecieron de la vista. Cuando todos desaparecieron, él mismo sacó su pitillera; encendió un puro y comenzó a fumar serenamente. Ahora, todos los rostros estaban llenos de asombro. Uno de los miembros del grupo que estaba más cerca le dijo: "¿No dijo que se oponía a que fumáramos, señor Spurgeon?". "Oh, no", respondió él. "No dije que me opusiera. Pregunté si no les daba vergüenza, y parece que sí, porque los han apagado todos". Y siguió fumando muy serenamente.[18]

El humor fluía de Spurgeon de manera natural y libre, pero era muy consciente tanto de su poder como de su peligro. Sostenía que en el púlpito es "menos grave causar una risa momentánea que media hora de sueño profundo"[19] y, sin embargo, sus sermones estaban muy lejos de ser un flujo constante de bromas. A veces esto podía ser un desafío para él, como le confesó una vez a un oyente que se quejó de una de sus ocurrencias en el púlpito: "Si supieras cuántas otras me guardé, no habrías criticado esta, sino que me habrías elogiado por el dominio propio que ejercí".[20] "Si no fuera cuidadoso, me volvería demasiado gracioso".[21] Sin embargo, explicaba: "Los siervos de Dios no tienen derecho a convertirse en meros animadores del público que sueltan una serie de chistes rancios y cuentos inútiles sin un punto práctico […]. Hacer que la enseñanza religiosa sea interesante es una cosa, pero hacer bromas tontas, sin ningún objetivo ni propósito, es otra muy distinta".[22]

A pesar de todo eso, sería totalmente inadecuado y superficial pensar en Spurgeon simplemente como un bromista. Él creía que, por lo general, el humor es fruto de algo más profundo. A veces puede provenir simplemente de estar de buen humor; esto, admitía, *sí* era un desafío de temperamento para él.

> Debemos (en especial algunos de nosotros) *vencer nuestra tendencia a la ligereza*. Existe una gran distinción entre la alegría santa, que es una virtud, y esa ligereza general, que es un vicio. Hay una ligereza que no

> tiene suficiente corazón para reír, sino que juega con todo; es frívola, hueca, irreal.[23]

En otras ocasiones, el humor puede ser el mecanismo de defensa de los tristes, una luz arrojada a la oscuridad. A veces, es el arma cruel de los orgullosos o inseguros, blandida como una burla o un menosprecio sarcástico.[24] Otras veces es el arma resplandeciente de la justicia, que atraviesa tanto la melancolía como el pecado.

> Creo de todo corazón que puede haber tanta santidad en una risa como en un llanto; y que, a veces, reír es la mejor de las dos cosas porque puedo llorar, murmurar, quejarme y pensar toda clase de pensamientos amargos contra Dios; mientras que, en otro momento, puedo reír la risa del sarcasmo contra el pecado y así evidenciar un fervor santo en la defensa de la verdad. No sé por qué el ridículo debe entregarse a Satanás como un arma para ser usada contra nosotros, y no ser empleada por nosotros como un arma contra él. Me atreveré a afirmar que la Reforma debió casi tanto al sentido de lo ridículo en la naturaleza humana como a cualquier otra cosa, y que aquellas sátiras y caricaturas humorísticas que publicaron los amigos de Lutero hicieron más para abrir los ojos de Alemania a las abominaciones del sacerdocio que los argumentos más sólidos y elocuentes contra el romanismo.[25]

Sin embargo, en esencia, la actitud alegre de Spurgeon era una manifestación de esa felicidad y alegría que se encuentra en Cristo, la luz del mundo. La "frivolidad" que encontraba en sí mismo y que cuestionaba estaba inextricablemente relacionada con su claro rechazo a tomarse a sí mismo (o a cualquier otro pecador) demasiado en serio. Spurgeon sostenía que estar vivo en Cristo significa luchar, no solo contra los hábitos y actos de pecado, sino también contra el mal humor temperamental, la ingratitud, la amargura y la desesperanza del pecado. Entrar en la vida de Cristo implica entrar en el gozo de ser plenamente humano, en paz con el Dios de gloria "bendito" o feliz (1Ti 1:11):

> El hombre no fue creado originalmente para lamentarse; fue creado para regocijarse. El huerto del Edén era su lugar de feliz morada; y, mientras se mantuvo obediente a Dios, nada creció en ese huerto que pudiera causarle tristeza. Para su deleite, las flores exhalaban su perfume. Para su deleite, los paisajes estaban llenos de belleza y los ríos ondulaban sobre arenas doradas. Dios hizo a los seres humanos, al igual que a Sus demás criaturas, para que fueran felices. Son capaces de ser felices, están en su elemento correcto cuando son felices; y ahora que Jesucristo ha venido para restaurar las ruinas de la caída, Él ha venido para devolvernos el antiguo gozo, solo que será aún más dulce y profundo de lo que habría sido si nunca lo hubiéramos perdido. El cristiano nunca ha comprendido plenamente lo que Cristo vino a hacer de él hasta que no ha captado el gozo del Señor. Cristo desea que Su pueblo sea feliz. Cuando sean perfectos, como Él los hará a su debido tiempo, también serán perfectamente felices. Así como el cielo es el lugar de la santidad pura, también es el lugar de la felicidad sin mezcla; y en la medida en que nos preparamos para el cielo, tendremos parte del gozo que pertenece al cielo, y es la voluntad de nuestro Salvador que incluso ahora Su gozo permanezca en nosotros y que nuestro gozo sea completo.[26]

Como consideraba que Cristo desea que Su pueblo sea feliz, la felicidad era un componente vital de la vida cristiana para él, un elemento que buscaba poseer y mostrar. De hecho, sentía que solo cuando el gozo de Cristo está en nosotros puede decirse que somos verdaderamente como Cristo (Jn 15:11), y solo entonces reflejaremos Su propio atractivo.

> Es un error muy común suponer que un semblante melancólico es el indicador de un corazón lleno de gracia. Recomiendo la alegría a todos los que desean ganar almas; no la frivolidad ni la superficialidad, sino un espíritu amable y feliz. Se atrapan más moscas con miel que con vinagre, y habrá más almas llevadas al cielo por un hombre que lleva el cielo en su rostro que por uno que lleva el infierno en su mirada.[27]

Vivir como un hijo del Creador

Hubo un aspecto en el que Spurgeon no estaba tan lleno de vida: por naturaleza no era atlético y, desde su infancia, tendía a ser físicamente tímido y poco aventurero. Dicho esto, su perspectiva de la vida cristiana le dio una audacia bastante antinatural para su constitución. Él entendía que, en Cristo, era adoptado y amado por un Padre omnipotente que reina y que es soberano sobre todas las cosas. Esto significaba que todo lo temible, toda oposición y peligro, tendía a encogerse ante sus ojos. Visto correctamente, nada podía causar desesperanza porque todo existe bajo la mano todopoderosa de Dios el Padre, el gobernante en las alturas. Donde, por ejemplo, otros (como el joven Martín Lutero, antes de convertirse) podían aterrorizarse ante los relámpagos, Spurgeon declaró: "Amo los relámpagos, el trueno de Dios es mi deleite":

> Por naturaleza, los hombres temen a los cielos; los supersticiosos se aterran de las señales en el cielo e incluso el espíritu más valiente a veces tiembla cuando el firmamento resplandece con relámpagos y el trueno retumbante parece hacer temblar y generar eco en todo el firmamento. En cambio, a mí siempre me da vergüenza quedarme bajo techo cuando el trueno sacude la tierra firme y los relámpagos brillan como flechas desde el cielo. En esos momentos, Dios se manifiesta y me encanta salir a caminar a algún espacio abierto y mirar hacia arriba y observar las puertas del cielo mientras se abren, cuando el relámpago revela lo que hay más allá y me permite contemplar lo invisible. Me gusta escuchar la voz de mi Padre celestial en el trueno.[28]

¿Qué tenía que temer él ante todas las impresionantes fuerzas de una tormenta? Todas eran simplemente las herramientas y expresiones de su perfecto y amoroso Padre celestial.

Y ver que *todas* las cosas son del Padre y reciben su existencia de Él también le dio a Spurgeon un amplio interés en la creación de su Padre. Criado en el campo, bajo los amplios cielos de Anglia Oriental, le encantaba pasar tiempo al aire libre, a menudo en su jardín, y disfrutar de los árboles, las flores, las aves, los arcoíris y toda la rica variedad de la creación. También era

curioso y leía extensamente sobre horticultura y biología, cuyo conocimiento y disfrute se filtraban en gran parte de su enseñanza. Y a menudo incluso sus breves comentarios revelan cuán vivo era su interés en la botánica:

> Sabes que, en su hábito de abrirse y cerrarse, las flores son tan variadas que es seguro que una u otra se abrirá en cada cuarto de hora del día. La estrella de Jerusalén se despierta a las tres, y la achicoria a las cuatro; el ranúnculo se abre a las seis, el nenúfar a las siete, el clavel a las ocho, y así sucesivamente hasta que llega la noche. Linneo inventó un reloj de flores. Si estás bien familiarizado con la ciencia de la botánica, también puedes saber la hora sin un reloj.[29]

Al igual que Jonathan Edwards, Spurgeon creía que era correcto "leer" la creación como un libro lleno del testimonio del Creador y de Sus caminos. En un artículo de la revista de su iglesia, *The Sword and the Trowel* [*La espada y la llana*], escribió sobre la iglesia como "el Jardín de Dios", en el cual los diferentes tipos de creyentes son como diferentes flores. Algunos cristianos brillantes y alegres parecen vivir "en un rincón cálido donde ningún viento helado logra entrar". Son como el azafrán de primavera, que se baña, florece y se regocija con la luz del sol.

> Mira cómo el azafrán se cierra bien mientras "las nubes regresan después de la lluvia", pero se abre y se llena de gloria cuando el sol derrama sus rayos en su copa de oro puro, semejante a un vidrio transparente. En esos momentos, ¿alguna vez has notado la suave llama dorada que parece arder en el fondo de la copa, una especie de brillo ardiente de luz líquida? Cuánto se asemeja a los arrebatos y éxtasis que disfrutan algunos en la familia de nuestro Señor. Un rayo de sol claro, cálido y constante es el elemento del azafrán; bajo esa influencia, arroja un resplandor de color.[30]

Otros parecen tender hacia el lado sombrío de la vida y pueden compararse con la onagra. Esta paciente flor se ve bastante marchita y apagada junto al azafrán a plena luz del sol, pero espera hasta el crepúsculo

> y la verás abrir gradualmente sus fragantes flores y exhibir su color amarillo pálido. Es la alegría de la tarde y de la noche: el sol deslumbrante la corteja en vano, pues ama el hermoso rostro de la luna. Todos conocemos mujeres piadosas que nunca destacarían en las actividades públicas de nuestras iglesias y, sin embargo, en la habitación del enfermo y en la hora de aflicción, están llenas de belleza y derraman una hermosa fragancia por todas partes.[31]

La lección que Spurgeon extrae es que Dios ha ordenado Su creación y Su iglesia de tal manera que todo sea hermoso en su tiempo. No debería haber conflicto ni entre los santos ni entre las flores respecto a cuál es mejor: el Creador los ha dispuesto a todos deliberadamente para diferentes tiempos, estaciones y suelos. Sin embargo, hay una flor que todo cristiano debería procurar imitar: la margarita, que se cierra en la oscuridad y solo despliega sus pétalos para dar la bienvenida al sol.

> ¿No deberíamos actuar de esa misma manera con el Bienamado, cuya presencia ilumina nuestro día? Cuando nuestro Señor Jesucristo oculta Su rostro, cerremos nuestro corazón con tristeza, así "como los capullos que se cierran al anochecer se lamentan por los rayos de sol que se han ido". Cuando Jesús brilla sobre nosotros con el resplandor de la belleza y el calor de la gracia, entonces dejemos que nuestro corazón despliegue de nuevo sus hojas cerradas y dejemos que beba de la plenitud de Su luz y amor.[32]

No era solo la botánica lo que atraía a Spurgeon; su curiosidad intelectual era deliberadamente exhaustiva. Sostenía que es insensato, deshumanizante y, por lo tanto, anticristiano que los creyentes se limiten a pensar solo en asuntos abiertamente "espirituales". Sin duda, vivimos en este mundo caído en "pie de guerra", mientras nos dedicamos a difundir el evangelio de Cristo entre las naciones. Sin embargo, el Padre ha hecho todas las cosas (y, por lo tanto, se interesa por ellas); además, Él ha hecho el mundo para que la humanidad lo gobierne. Sería contrario al carácter de Dios y un simple abandono del deber de nuestra parte cerrar nuestra mente a aquellas cosas

en la tierra que ocupan la Suya.[33] Por lo tanto, no debemos descuidar ningún campo del conocimiento.

> La presencia de Jesús en la tierra ha santificado todo el reino de la naturaleza; y lo que Él ha limpiado, no lo llames tú impuro. Todo lo que tu Padre ha hecho es tuyo y deberías aprender de ello. Puedes leer el diario de un naturalista o la narración de los viajes de un explorador y encontrar provecho en ello. Sí, incluso un viejo herbario o un manual de alquimia pueden, como el león muerto de Sansón, darte miel. Hay perlas en las conchas de las ostras y frutos dulces en las ramas espinosas. Los caminos de la verdadera ciencia, especialmente la historia natural y la botánica, destilan abundancia. La geología, en la medida en que es un hecho y no ficción, está llena de tesoros. La historia (maravillosas son las visiones que hace pasar delante de ti) es eminentemente instructiva; de hecho, cada porción del dominio de Dios en la naturaleza rebosa de valiosas enseñanzas.[34]

Más aún, Cristo es la lógica y la luz del mundo; el evangelio es la suma de toda sabiduría; las Escrituras pueden hacernos sabios (y no solo para la salvación). Por lo tanto, los cristianos deben ser personas sabias, de mente abierta y de un intelecto amplio.

> Un creyente que es un admirador y un amante sincero de la verdad, tal como es en Jesús, está en el lugar correcto para seguir con provecho cualquier otra rama de la ciencia [...]. Antes, cuando leía libros, juntaba todo mi conocimiento en una confusión gloriosa; pero desde que conocí a Cristo, lo he puesto a Él en el centro como mi sol, y cada ciencia gira a Su alrededor como un planeta, mientras que las ciencias menores son satélites de estos planetas.[35]

Como todos nosotros, Spurgeon fue singularmente él mismo. Sin embargo, su gran corazón y su gozo al caminar por la creación de su Padre muestran exactamente el tipo de vida que siempre crecerá de la teología en la que creía.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *Charles Spurgeon sobre la vida cristiana*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:
www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:
info@poiema.co

© 2026 Poiema Publicaciones
¡El evangelio para cada rincón de la vida!